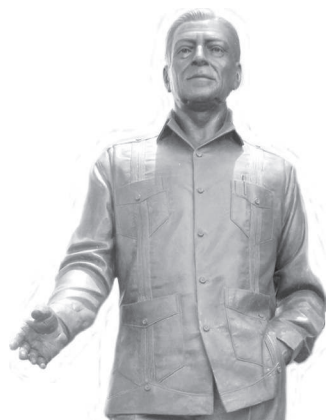




Un hombre honrado

Don Manuel Sánchez Silva

(1 de febrero de 1959)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2634

DOMINGO 21 DE MARZO DE 2021

Frente al mar

Balbino Dávalos

¡Oh mar de mi adorable costa nativa
que se abrasa en el fuego del sol poniente,
al fin te miro, y hierve, con el candente
hálito de la tarde, mi sangre altiva!

Las brisas salitrosas, en fugitiva
parvada de recuerdos, queman mi frente,
y al estruendo armonioso de tu corriente,
el amor que te tuve crece y se aviva.

¡Cuando niño, en tus aguas el cuerpo hundía;
tus espumas de plata me fascinaban,
y el golpe de tus olas me estremecía!

Hoy que al mar de la vida torno sereno,
Desdeñando mil peligros que no se acaban,
¡cuán dócil me pareces, cuán manso y bueno!

Cuyutlán, Colima, 28 de noviembre de 1902

ESCRIBEN: Balbino Dávalos, Brenda Rosales, Christian Mora, Azul Sevilla, Herles Velasco, Ramón Moreno, Ángel Gaona, Élmer Mendoza, León Mendoza y Carlos Caco Ceballos.

El origen de las ideas*

II/IV

Christian Mora

IV

Un golpeteo en la puerta de los sanitarios lo despertó.
—Carlos, ¿te encuentras bien? —escuchó una voz masculina sin reconocer el origen de ésta. —Te está esperando en casa —agregó la voz.

Desconcertado, se puso de pie acomodándose el pantalón. Miró el reloj. Había pasado más de una hora dormido. El cuello le dolía, ni qué decir de la espalda.

—Sí, estoy bien —contestó—. Parece que la cena me cayó mal.

Nadie contestó. Carlos abrió la puerta y buscó en los demás baños para reconocer a quien hablaba. No le sorprendió descubrirse solo. De nada le había servido la siesta. El cansancio seguía jugando con su cerebro. Sin dar explicaciones, volvió a su cubículo, tomó sus pertenencias y regresó a casa. Ni cinto ni zapatos se quitó antes de tirarse en la cama. La necesidad de dormir, el cansancio extremo, parecía ser lo único importante. Apenas cerró los ojos, la joven apareció en su mente.

Él estaba acostado, soñándose dormido; despertó en el sueño y miró hacia el rincón oscuro de su recámara. Entre sombras, sentada en la mecedora, la joven reposaba sus manos sobre los descansabrazos. La oscuridad le ayudaba a cubrirse el rostro. Carlos, incorporándose, se recargó en la cabecera de la cama. La miró largo tiempo antes de pronunciar la primera palabra. Sabía que ella también lo observaba.

—¿Eres Annie? —preguntó Carlos, haciendo referencia a su cuento escrito recientemente. Ella negó con un movimiento de cabeza.

—¿Eres bruja?

La joven negó de nuevo.

—Entonces, ¿quién eres?

Ella siseó llevándose uno de sus dedos a la boca. Se levantó de la mecedora, caminó hacia la cama y se subió a ella, gateando hacia Carlos. Él, aún sin comprender que soñaba, se encontraba entre excitado y temeroso. Todos sus miedos se esfumaron al tenerla tan cerca. La joven, todavía a gatas, se encontraba sobre las piernas encogidas de Carlos, quien, al recibir la exhalación del aliento embriagante de la joven, quedó con la mente en blanco. Ella se unió más a él, sentándose sobre sus piernas. Él la dejó tomarlo de las manos y recargarlas en la cabecera. La joven acercó su rostro y lo besó, robándole la última migaja de voluntad. No se dio cuenta cuando el sueño cambió de escenario. Al acostarse, no lo hizo sobre su cama, sino sobre la piedra de sacrificios descrita en su cuento. Ambos se encontraban desnudos y dispuestos a entregarse. Carlos había cerrado los ojos; así estaba acostumbrado a besar. La joven continuaba sobre él y sin mayor preámbulo comenzó el ritual más antiguo de todos: el carnal.

En tan solo segundos, Carlos perdió el dominio de su excitación, dando por terminado el acto. Despertó con su propio grito al abrir los ojos y darse cuenta de que la joven, aún encima de él, tenía cabeza de ciervo.

V

El asistente

Caminando a casa, no muy lejos del sendero, María y Pedro divisaron un niño acostado entre los árboles. Se acercaron a él de prisa para comprobar que se encontrara bien. El niño, desmayado, no recuperó el conocimiento por más que Pedro lo sacudió. Colocó sus dedos sobre el cuello del niño y comprobó que aún estaba vivo.

—¿Quién será? —preguntó María.

—No tengo idea —contestó Pedro—, pero si lo dejamos aquí seguro se muere.

Tomó al niño por los brazos y colocándolo sobre su hombro le indicó a María continuar el camino a casa. Al empujar la puerta para entrar, su hijo Marcos se arrimó a recibirlos y, sorprendido al ver al niño en los hombros de su padre, preguntó sobre su identidad.

—No sabemos quién es —contestó Pedro—, lo encontramos desmayado en el bosque.

—Y ¿se quedará a vivir con nosotros? —preguntó Marcos entusiasmado.

—No lo creo. Sus padres deben estar buscándolo.

—Pero, si no tiene padres... podría ser mi hermano mayor.

—Los niños no salen de la tierra y, aun si no tuviera padres, nuestra obligación sería llevarlo a la iglesia para que cuiden de él.

—Pero en la iglesia no sería feliz.

—Pero nada. Mejor calla y ayúdame a colocarlo cerca de la chimenea.

Marcos auxilió a su padre y después de acostar al niño junto al fuego, se quedó contemplándolo por largo tiempo. María acercó una cubeta con agua y, con delicadeza, comenzó a limpiar el rostro del niño para refrescarlo. Notó que éste movió los ojos por dentro de los párpados sin abrirlos.

—No tiene fiebre, ni parece estar herido, simplemente no despierta —comentó María.

—Estará cansado, tal vez, no sabemos cuánto tiempo pasó en el bosque.

—Cuando salimos, no estaba al pasar.

—Quizá, quizá no lo vimos. Déjalo dormir, no creo que le pase nada.

De no ser por la hora, Pedro habría regresado al pueblo para preguntar si alguien había extraviado un niño. En un pueblo pequeño los rumores corrían de prisa y seguramente más de uno le respondería que sí, que Fulanita había llorado durante horas por no encontrar a su hijo; sin embargo, así como los rumores, los miedos se propagaban por igual. Muy pocos se atrevían a salir hacia el bosque ya entrada la noche. Las historias contaban sobre seres sobrenaturales merodeando entre la oscuridad, esperando a los inocentes para hacerles desaparecer. Por más fe que tenía en Dios, Pedro conocía la frase *ayúdate, que Dios te ayudara* y justo por eso la idea de regresar por el bosque en la oscuridad estaba más que descartada.

Al anochecer, se acostaron junto al fuego para dormir. Sin importar la época del año, las noches eran frías. Marcos despertó en la madrugada y notó al niño incorporándose. Marcos se arrimó a él. Ambos observaban el fuego.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Marcos.

El niño ni siquiera parpadeó ante la pregunta.

—Que ¿cómo te llamas? —volvió a preguntar. Esta vez tocándole el hombro. El niño giro la cabeza hacia Marcos, lo observó y, sin responderle, volvió la mirada hacia la chimenea.

—Mis padres te encontraron en el bosque. Estabas durmiendo entre los árboles —continuó hablando sin importarle que el niño no respondiera—. Mañana iremos al pueblo para regresarte con tus padres o llevarte a la iglesia. Yo prefiero que te quedes en casa, sabes, aquí hay muchas cosas con las que podríamos jugar. Normalmente ayudo a mi madre en dos o tres cosas. Entre los dos podríamos terminar más rápido y nos quedaría mucho tiempo para...

—Sé de un lugar —por fin habló el niño—, en el que podríamos jugar.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Es cerca de aquí, pero sólo se ve de noche. Ahí hay muchos niños que lograron escapar de sus papás aburridos.

—Yo no me aburro de mis padres... aunque estén ocupados todo el día, se toman su tiempo para jugar conmigo.

—Bueno, no es necesario que te quedes a vivir, si te gustan tus padres aburridos siempre puedes volver. ¿Te gustaría conocer a decenas de niños?

—Claro que me gustaría, pero no podemos salir de noche.

—¿Quién lo dice?

—Mis padres; el bosque es peligroso.

—¿Esos que están dormidos? Bueno, como quieras. Yo tengo que regresar, me están esperando.

El niño poniéndose de pie, sacudió su pantalón y caminó a la entrada.

—Pero, se supone que estabas enfermo —dijo Marcos entristecido al verlo dispuesto a marcharse.

—¿Enfermo? No. Sólo estaba cansado de tanto jugar. Luego tus padres me trajeron a casa y como supuse que no te dejarían ir conmigo, fingí estar inconsciente hasta que se durmieran, pero ya vi que tú no quieres acompañarme... y yo pensando que fuéramos hermanitos.

—Espera —contestó Marcos al verlo abrir la puerta. Mirando a sus padres dormidos y después al niño trataba de pensar en qué sería lo mejor. Después de todo, le había dicho que podría regresar—. Voy contigo —contestó al final.

Ambos niños caminaron de la mano entre la oscuridad.

—Te va a encantar —lo alentaba el desconocido—. Cuando conozcas a Annie no te quedarán ganas de volver.

*Obra escrita impulsada por la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020.

Tecnocultura

Día Mundial de la Poesía

Herles Velasco

El poeta pobre, de Carl Spitzweg.



Etapas de la enfermedad

Azul Sevilla

Día uno:
irritación,
dolor muscular,
escalofríos.

Día dos:
temperatura alta,
ojos lloroso,
escurrimiento nasal.

Día tres:
dolor de pecho,
dolor de cabeza,
dolor de huesos.

Día cuatro:
siento que muero,
el dolor invade
hasta las memorias.

Día cinco:
vuelve el aliento,
y cómo la primera vez,
mi boca te menciona.

De nada sirvió morirme
entre tanto llanto
para aliviar mi dolor,
porque aquí sigues.

Este 21 de marzo es el Día Mundial de la Poesía, se estableció así desde 1999 en la reunión de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Los objetivos de establecer un día dedicado a la poesía fue el de apoyar la diversidad lingüística a través de este género literario, fomentar la tradición oral, apoyar a creadores y editoriales, la difusión de la poesía en los medios de comunicación para mostrarla como un medio de expresión que permita a las comunidades reafirmar su identidad, así como fomentar el diálogo entre la poesía y otras manifestaciones artísticas.

Por supuesto, este espíritu es más una invitación a creadores, instituciones y sociedad, más que una agenda que permea desde la UNESCO a los involucrados en estos mundos. Hay, entonces, en el marco de esta celebración propuesta por la UNESCO, una serie de eventos que se llevan a cabo año con año, no necesariamente se realizan exclusivamente este día 21, pero sí que la propuesta invita a buscar, más todavía, actividades relacionadas con el quehacer poético. Van entonces algunas recomendaciones para que el lector adelante el paso de buscar opciones.

El más reciente ganador del Premio Reina Sofía, el poeta chileno Raúl Zurita, dará una lectura de poemas, de manera

virtual desde Chile, este domingo a las 12 del día, tiempo del centro de México, a través de las redes de Ámbito Cultural. Hay que decir que si busca desde ya en dichas redes o a través de la etiqueta #LdeLírica, encontrará algunos materiales que se han estado subiendo desde el día 15, fecha de comienzo de las celebraciones por parte de esta iniciativa. La lectura con el enorme poeta chileno se transmitirán desde la siguiente liga: bit.ly/30

Recordar que hay también un proyecto del que hablamos hace un par de semanas en este espacio y que tiene las miras de convertirse en un festival referente en el país, se trata del Festival de Poesía Antonio Alatorre; las actividades pueden visualizarse desde esta liga: bit.ly/3bSuqjV

La Escuela de Escritores de México comienza un nuevo ciclo del curso "Inicial de Poesía" el lunes 22, curso que imparte un servidor y que tiene como objetivo acercar, al público interesado a este género, a la creación poética desde lo lúdico. La página y temario se encuentran aquí: bit.ly/3cI1ZEm

Este puñado de recomendaciones pretenden generar las ganas de leer poesía, que aunque la fecha de celebración es este 21, despierte en el lector el interés por este género y se mantenga a lo largo de todo el año. Celebremos la poesía.

herles@escueladeescritoresdemexico.com



Atemporal

Brenda Rosales

A los muertos se les ama en presente,
se van, se los llevan

y con un soplo del viento

abandonan el cuerpo

para habitarlo todo,

dicen que no se llevan nada

y supongo es verdad, porque el amor se queda:

inagotable

inmutable

transparente.

He escuchado de vivos dejando de amar a
otros vivos,

pero jamás a los muertos;

los amamos en un eterno último día

con certeza

tristes, pero luminosos

amamos sin pensar que no estarán más

que no volverán al final del día,

aun así los amamos, vivos.

Nadie sabe si desde el lugar al que van nos
esperan,

solo es sabido que seguiremos amando

con la esperanza de alcanzarlos.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Un hombre honrado

Don Manuel Sánchez Silva

(1 de febrero de 1959)

Hasta su muerte, ocurrida a fines del siglo pasado, fue don Juan Brizuela uno de los hombres más ricos de Colima. Dueño de La Estancia, Cardona, Taximamxla, El Cuajote y otras numerosas y dilatadas extensiones de tierra, poseía también uno de los más abundantes y prósperos criaderos de ganado.

Residía en la hacienda de La Estancia y desde ahí manejaba su imperio rural. Ese predio era famoso por su cercanía a la ciudad y por la bravura de su ganado, de pinta bermeja, que frecuentemente era solicitado por gente de lugares lejanos, para lidiarlos en jaripeos y corridas formales; también tenían fama las circunstancias de que, no sembrándose por cuenta de don Juan ni un solo grano de maíz, levantaba la mejor cosecha del año como resultado de las “medias” y “aparcerías”, y el perfecto acotamiento de sus terrenos, a base de cercas de piedra, de siete cuartas de altura.

En cierta ocasión, dos adinerados agricultores de Zamora, Michoacán, don Ignacio Igarúa y don Pedro Verduzco, hicieron a caballo la larga travesía hasta La Estancia, y una vez frente a don Juan le manifestaron su propósito de comprarle la hacienda “con sus dentro”. El viejo ranchero escuchó flemáticamente la exposición de sus visitantes y contestó entre dos chupadas de su inseparable puro:

“Miren ustedes: páguenme a “doble reales” (moneda en desuso que equivalía a un peso cincuenta centavos) el metro de cerca y les regalo el “ranchito”... Y fue tema de inacabables y burlones comentarios el hecho de que los interesados hicieran sus cálculos... y se despidieron para no volver más.

Como “hacedor” de don Juan fungía don Victoriano Silva, hombre metódico, organizado, laborioso, de intachable honradez y de sensato juicio. Por aquella época, el cargo de “hacedor” resumía las funciones de administrador, secretario, consejero y apoderado. Es decir: la personificación de la confianza.

Descendía don Victoriano de uno de tres hermanos portugueses, jóvenes y animosos, que inmigraron a principios de 1800 y de los cuales proviene la extensa rama de los “Silva”, que tanto se han proliferado en esta capital y en Villa de Álvarez.

Para la mejor atención de los negocios que le estaban encomendados, don Victoriano y su familia radicaban por lo general en La Estancia, pero el primero se veía obligado a continuas visitas a Colima, donde, bajo su dirección, se construyeron la finca donde ahora está el hotel Casino y la mayor parte de las casas que siguen por el Portal Morelos y la calle Reforma.

Entre las muchas buenas cualidades de su persona, destacaban el desinterés y la más acrisolada honestidad, virtudes que siempre exhibió aun en contra de su legítima

conveniencia. En tres ocasiones fue heredado por parientes acomodados, que al morir lo favorecieron en sus testamentos, pero él renunció a esos beneficios a pesar de la cuerda opinión de su esposa, que reprochaba semejante desprendimiento:

“Haces mal, Victoriano. Parece que no te has dado cuenta de que tenemos muchos hijos.

“Mis hijos vivirán de mi trabajo -respondía el marido-, y no necesitan del dinero ajeno. En cambio, hay otras gentes más desafortunadas que yo y es justo que ellas disfruten de esa herencia.

En dos ocasiones fue solicitado para desempeñar el puesto de munícipe, que en aquel tiempo era gratuito, y tres veces representó un distrito en la cámara local de diputados,

cediendo siempre sus dietas a beneficio de obras públicas.

Una vez, al finalizar un año, le dijo don Juan:

“El balance fue muy bueno, señor don Victoriano. Gracias a su excelente administración, se ganó más de lo que yo hubiera imaginado. Pero creo que usted gana menos de lo que merece. ¿Cuál es su sueldo?

“Ciento cincuenta pesos mensuales.

“Pues bien poco es para lo mucho que hace. A partir del primero de enero, aumentese usted cien pesos.

Pasó el año y al terminarse el balance respectivo, don Juan advirtió extrañado:

“Muy bien, muy bien, pero noto que usted siguió cobrando el mismo sueldo. ¿Por qué no se aumenta los cien pesos que le autorice hace un año? Ahora tómelos por junto.

“No, señor -protestó el hacedor-, lo que usted me paga corresponde al justo precio de mi trabajo. No sería correcto que yo le cargara más de lo debido.

¡Y siguió ganando sus ciento cincuenta pesos!

Don Juan era comprensivo y, sabiendo que no podría abatir la resistencia de su hacedor, se empeñaba en compensarlo con valiosos obsequios y especiales distinciones para él y su familia.

En octubre de 1882 murió el señor Silva de fiebre amarilla, habiendo sido la primera víctima en Colima de la terrible epidemia que asoló el estado. Cuando su viuda abrió el escritorio para enterarse de la situación económica en que quedaba la familia y extraer fondos para los gastos del velorio y entierro, halló un grueso legajo de vales y recibos por dinero prestado sin intereses a diversas personas y dieciocho pesos en monedas de distinto valor. ¡Ese era todo el capital de un hombre que había manejado millones de pesos! ¡Y de aquellos pesos...!

* Periodista, escritor y fundador de **Diario de Colima**. †



Como “hacedor” de don Juan fungía don Victoriano Silva, hombre metódico, organizado, laborioso, de intachable honradez y de sensato juicio. Por aquella época, el cargo de “hacedor” resumía las funciones de administrador, secretario, consejero y apoderado. Es decir: la personificación de la confianza.

Del fuego

Las ofrendas, poesía de Balbino Dávalos

Julio César Zamora

«Cual copa de oro», se vierten los poemas de Balbino Dávalos en esta página. En el marco de las efemérides Del fuego, esta es la primera de dos partes dedicadas al poeta colimense del siglo XIX. Un doble homenaje por ser el Día Mundial de la Poesía, pero también por la cercanía de su natalicio, el 30 de marzo de 1866.

En esta primera entrega empezamos con una selección de poemas del libro *Las ofrendas* (1909), gracias al material bibliográfico proporcionado por el escritor e investigador Carlos Ramírez Vuelas, quien ha estudiado, reunido y publicado la obra de Balbino Dávalos.

Cristal marino

Cual copa de oro, hacia la mar se inclina
el sol de fuego, y trémulo avizora
la purpurina sangre de la aurora
que a sus sedientes labios se avecina.

Mi amor es como el astro que declina
cansado de irradiar en la sonora
extensión de lo azul, y al sueño implora
mientras la muerte a consumirle atina.

Mas, ¡oh perdido bien!, de tu ternura
el recuerdo inmortal, es mar que niega
su seno a mi creciente desventura;

y como el sol cuando la aurora riega
su púrpura en el mar, surge y fulgura
nueva ansiedad dominadora y ciega.

Conchas y guijas

Mientras llega mi rubia de ojos de cielo
hondos y misteriosos como ese mar,
juntaré por la playa, como un chicuelo,
las conchas más brillantes que pueda hallar.

Esa que mansamente viene arrastrando
la ola moribunda junto a mis pies,
semejará una hoja de rosa, cuando
la acerque ávidamente junto a su tez.

Estos caracolillos de plata vieja,
bajo el agua que intenta retroceder:
serán conchas pequeñas que, entre sus manos,
como lluvia de perlas haré caer.

Esa ola encrespada que hirió la roca,
una concha purpúrea lanza hasta mí;
su color es el mismo que el de su boca:
sangre de nereidas hecha rubí.

De las guijas, recojo la más menuda,
semejante a una fresa sin madurar:
deslizándola diestro, podré, sin duda,
su garganta de nieve sobresaltar.

Y en el breve momento de su recelo,
a su oído secreto murmuraré:
– ¡Quieta... quieta, mi rubia de ojos de cielo!...
Es un beso extraviado, ¡lo buscaré!

Cerca de ti

Cerca de ti, mi corazón inquieto
junto del tuyo tembloroso vela
mientras tu voz, de inesperados ritmos,
arrulladora o palpitante suena.

Cerca de ti mi espíritu se pierde
en tu mirada misteriosa y negra,
y en el abismo de tus ojos halla
vértigos de alegría o de tristeza.

Y descendiendo de ese abismo mudo,
mi corazón acobardado tiembla
a cada frase, engañadora acaso,
que, como arpegio en tu garganta, suena.

Arte poética

Suelo escribir mis versos
raros de forma y fondo,
gracias a los esfuerzos
que bajo el arte escondo.

Escrupulosamente
busco el curioso efecto
de lo que mucha gente
juzga vulgar defecto.

En fina rima arrimo
vocablos caprichosos;
mas siempre los combino
en grupos sentenciosos.

Ahíto de prosodias
y métricas exiguas,
imbéciles custodias
de prácticas antiguas,
aligera la idea
de trabas y recato,
y cuando culebrea
lírico el arrebato,
cantan las asonancias
háviles sinfonías;
bailan las consonancias
con las cacofonías.

Y si, a conciencia mía,
pervierto mis estancias
con la cursilería
de metáforas rancias,
es porque, en forma y fondo,
suelo escribir mis versos
gracias a los esfuerzos
que bajo el arte escondo.

Tortas de papa

Ángel Gaona

Recorrí a su lado las viejas calles del centro —Correo mayor, Corregidora, la calle de Moneda y otras del rumbo—, cuando iba a surtirte de mercancías para hacerte de un dinero extra, comerciando con la gente del pueblo. Un camión de pasajeros nos llevó a la gran ciudad, afanosa, buscaba los mejores precios y casi por instinto, elegía las tallas y los colores precisos para una escasa clientela que con el tiempo le fue creciendo, llevándoles el *prêt à porter* hasta sus casas, además de un sistema de pagos donde anotaba en una libreta lo que le iban abonando, con la fe inquebrantable de quien confía le será devengado cada peso. Les llevabas la ropa de temporada, cuando la psicodelia dominaba las tendencias en los diseños y los estampados de moda, a fines de los sesenta. Llegaba a la casa cargada de grandes bolsas con el logotipo estampado que identificaba a las tiendas que seleccionabas, casi todas ellas, propiedad de comerciantes judíos o libaneses.

A la hora conveniente, me llevó hasta una fonda sencilla en la calle de la Soledad, donde una mesera que llevaba puesto un delantal con olanes, me sirvió mi primera “comida corrida”. Me ordenó unas “tortas de papa” acompañadas de una guarnición compuesta de lechuga, rebanadas de jitomate y cebolla, rociadas con el jugo de medio limón y alguna bebida. A la fecha, ese plato casero sigue siendo uno de mis favoritos. Su costo fue de dieciséis pesos de los de antes de las devaluaciones y la quita de los ceros. Lo recuerdo como si eso hubiera pasado hace unos pocos años, incluida la sinfonía, los anuncios de lámina publicitando refrescos, las prostitutas a media calle, aunque en aquella edad, le pasaban desapercibidas a mi mente infantil, libre todavía del yugo de los prejuicios y debilidades que vendrían después.

En una ocasión, después de haber pasado un largo periodo vacacional en el departamento de la Colonia del Valle que recién había rentado mi abuela, tocaron a la

puerta. Al abrirla me sorprendió la cariñosa familiaridad con la que me saludó una señora muy guapa, era ella, tardé en reconocerla, quizá porque iba muy arreglada acompañada de mi padre.

Esas imágenes regresan a mi intermitentemente, como cuando tuvo que lidiar con enfermedades que se le agolparon sin darle tregua, saliendo de una cuando ya venía la otra, sacando quién sabe de dónde, fuerza y ánimo para enfrentarlas. Sólo sé que tuvo cinco razones para aprender a negociar con una clientela que te fue fiel por años —con las contadas excepciones que nunca faltan—. Yo, llegué a su vida cuando ella todavía era una adolescente. Con el negocio de la ropa —y en un tiempo la bisutería—, hizo verdaderos milagros, su talento para vender y administrar sus ganancias lo debe haber heredado de su madre, una mujer que, al quedar viuda con dos hijos pequeños, tuvo que sortear el vendaval vendiendo sombreros en plena calle.

Cuando quería vernos contentos a mí y a mis hermanos —cuando sólo éramos tres—, nos hacía un pastel de naranja que horneaba en casa. En mi memoria quedaron los paseos dominicales a “la Puerta”, un lugarcito a las afueras del pueblo, rodeado de árboles que tapiaban el suelo de hojarasca, sobre la que tendía un mantel y una canasta que contenía lo que preparabas para hacer un buen día de campo. En lo más lejano, aparece la casa de General Prim, un jardín, una mesa enorme forrada de una lámina de acero remachada en las orillas; después, una casa pequeña donde mi tía Mema y Rita le fueron a avisar que había muerto su padre. Recostada en la cama la vi llorar desconsolada. El orden cronológico de esas remembranzas no necesariamente es exacto, mi memoria guarda esos recuerdos de un modo absolutamente fuera de mi control y de mis deseos; al final, eso, es lo único que me va quedando, mas yo atesoro sólo aquellos que le dan sentido a mi existencia, y me demuestran que, a pesar de todo, he vivido cosas dignas de traerlas a cuento.

El arte de novelar

El chile en polvo es la coca de los pobres

Élmer Mendoza

“El chile en polvo es la coca de los pobres”, afirma Xalbador García en su libro *Miami Blue y otras historias*, publicado por Karakana Editores en Miami, Florida, en el feliz 2019. Se trata de una colección de cuentos que juegan a ser reales por los prototipos que se mueven en ellos, seres que han perdido mucho de sí mismos y que la mayoría huye de sus recuerdos tan lejos como puede hacerlo un ser humano que ha perdido todo, que “atesoran el desamparo” como el último refugio del que saben que no saldrán incólumes. Pero no todo lo que surge de la pluma de este autor es tremendo; también hay humor, canciones, baile, saludos, señalamientos para los políticos corruptos y confesiones para quien quiera escucharlas: “Lejos de tu sexo... no se puede vivir”.

Xalbador García nació en Cuernavaca, México, en 1982. Es un estudioso de la obra literaria de escritores cuyos universos son el misterio del misterio. Por eso me sorprendió encontrar un narrador acucioso, muy entretenido, profundo, con un amplio conocimiento de registros lingüísticos y con capacidad para crear personajes en el extremo de la vida. Allí donde se sufren los desprecios y la miseria es la madre de todos. Personajes como Angie, que fue actriz porno y no tiene en qué caer muerta; Lucía, que se haya al principio del camino del usufructo no amoroso de su cuerpo y lo que más desea es conocer el mundo; o la mujer de maíz, que creció con ese aroma subyugante y ha perdido el nombre; o Tania, la hermosa escort de belleza impactante y que es todo un misterio, sin olvidar a Cornelia, la chica de las hamburguesas, y el impacto cuando se entera de la muerte de Kurt Cobain, uno de los espíritus más fuertes de Seattle. Cada texto es un pequeño trozo de vida. Con una escritura precisa,

dinámica y matizada de genialidades sin nombre, García encuentra los nombres de la desgracia en una pequeña Habana que ha crecido, y un Miami que se fagotiza a sí mismo. Ese espacio tentador de drogas, alcohol, baile y mar arrebatado encuentra en cada palabra la explicación de la pesadilla americana.

“Ciudad dispuesta a maquillarse de paraíso para ocultar el horror que le da vida”, señala el autor. El lugar, por lo que me han contado los taxistas, donde viven “los profesionales del desprecio”, esos de los que hubiera huido Álar Núñez Cabeza de Vaca, cuando le dio la gana descubrir la Florida. Por supuesto que no todos los cuentos hablan de Miami. También aparecen lugares de México, donde vivir cada día se convierte en un acto de amor desenfrenado, ese en que no piensas quién gobierna o quién debe pagar los platos rotos. “La muerte es el verdadero rostro de la vida”, expresa el autor, y nos cuenta del Día de Muertos y de la tradición de convivir una noche con los que se nos adelantaron.

Como todos los buenos escritores reconoce el valor de la palabra como piedra angular de lo que existe o imaginamos. “Le gustaba limar el tiempo bajo sus palabras”. Exacto, todo es cuestión de poner nombres a las horas. “Las personas mueren, las palabras no”, ¿alguien se atreve a contradecir esta verdad? Cuando crítica a ciertos periodistas nos dice: “Las palabras no pueden prestarse a tanta manipulación”.

Afirmo que Xalbador es un narrador nacido para ser grande. Y quiero saber quién no ha probado el chile en polvo con jícama, mango, camarones o callos de hacha. Es la adicción más económica del mundo. En la página 118 me levanté y tomé un trago para buscar dentro de mí los ojos de mis mayores. Qué lo disfruten.



Me sorprendió encontrar un narrador acucioso, muy entretenido, profundo, con un amplio conocimiento de registros lingüísticos y con capacidad para crear personajes en el extremo de la vida. Allí donde se sufren los desprecios y la miseria es la madre de todos.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XXXVII

Cortés a punto de morir

Ramón Moreno Rodríguez



En el mes de abril de este año de 1521, y previo al regreso a Texcoco, Cortés estuvo a punto de ser atrapado por los xochimilcas en un asedio que se hizo a la ciudad de éstos. Aunque a final de cuentas salió bien librado de la muerte, no queremos dejar de repasar este episodio.

Terminado el sitio a las tierras tlahuicas (Tepoztlán, Yecapixtla, Tlayacapan) los aventureros emprenden el regreso y enfilan su ruta desde Cuernavaca hacia Xochimilco. Las tierras de estos primeros reinos son cálidas y húmedas, las del altiplano frías y boscosas. Acaso ochenta kilómetros separen Cuernavaca de Xochimilco. Inician el ascenso por una ruta que quizá ahora repita la moderna carretera México-Cuernavaca.

Una vez arriba, el espectáculo que muestran a lo lejos las profundas tierras tlahuicas es digno de contemplarse. Es la superposición, o quizá sea mejor decir la yuxtaposición de dos realidades diametralmente diferentes. Abajo reina el calor, la humedad, el bosque cálido y tropical; arriba, el paisaje alpino que les recuerda a los peninsulares las montañosas tierras de la cortina cantábrica.

En lo alto (más de tres mil metros) pasan la noche del 18 de abril bajo un frío insoportable y en la profundidad de un oscuro bosque de coníferas y abedules. A la mañana siguiente reemprenden el camino; ahora todo es bajar hacia el vaso del lago de Xochimilco. Por esos tiempos esta ciudad (como la de México) se encontraba en una isla no muy lejos de la orilla sur del lago. Se comunicaba a tierra firme por una recta calzada. La distribución es semejante a la mexicana: al centro se encuentra el recinto del templo mayor que ahora ocupa un convento franciscano de curioso estilo renacentista y un inmenso atrio. Por fuera de ese circuito se encuentran las chozas de los macehuales a las que rodean milpas, hortalizas o flores. Son famosas en todo el Anáhuac las plantas de acá.

Cortés piensa que será bien recibido por los xochimilcas, sabe por los tlaxcaltecas las humillaciones que hace años los mexicanos les hicieron cuando los sometieron a su imperio. Pero se equivoca, la ciudad está desolada, la población ha huido a esconderse al monte. Los extranjeros y sus amigos tlaxcaltecas atraviesan las chinampas de los macehuales y entran al recinto ceremonial.

De palacios y templos surgen intempestivamente cientos de mexicanos y xochimilcas dispuestos a aniquilar a sus enemigos. Cortés y sus hombres se han quedado sin pólvora pero sienten que los caballos y las ballestas les son suficientes para imponerse a las espadas de obsidiana, a las flechas, a los dardos y a las hondas y sus esféricos proyectiles. La lucha se trava.

La impetuosa ola humana hace retroceder hacia la calzada a los recién llegados. Después de iniciada la escaramuza, poco a poco los caballos logran imponer su fuerza y hacen huir a quienes persiguen. Los extranjeros recuperan terreno. Logran llegar hasta el templo mayor.

El capitán extremeño ordena a sus hombres que suban a lo alto de la pirámide y pongan fuego al templo. Sabe que esto desanima a los contrincantes.

La treta no funciona. Los mexicanos no se amilanán, suben precipitadamente las escalinatas tras los incendiarios. La caballería los intercepta y de nueva cuenta los locales se envalentonan, rodean formando un apretado círculo a los jinetes. Entre éstos se mira a Cortés. Los mexicanos lo identifican y gritan a coro Malinche, Malinche, e intentan derribarlo. La cabalgadura se encabrita y cae sobre su costado derecho, la turba se abalanza sobre el capitán español y lo intenta sujetar de brazos y piernas y llevárselo prisionero.

La turba se abalanza sobre el capitán español y lo intenta sujetar de brazos y piernas y llevárselo prisionero.

Dos mozos de espuelas (Pedro Gallejo y Francisco Martín Vandal) no lo piensan y a mandobles atacan a los indios que intentan sujetar a Cortés. El metilense se mira libre por unos segundos de tantas manos que reclaman su vida para la piedra de sacrificios; con una velocidad sorprendente ayuda a su montura a ponerse de pie, cabalga de nuevo y se aleja a toda velocidad hacia la salida del recinto. Todavía a lo lejos escucha las voces de sus criados que piden ayuda.

Ellos corrieron con menor suerte. La marabunta los toma presos y rápido los conduce a la piedra de los sacrificios. Al día siguiente Cortés lamenta la muerte de sus mozos o su irreflexible huida que le costó a la vida a quienes lo ayudaron.

Muchos son los comentarios que se han hecho sobre este episodio. Algunos lamentan que los mexicanos no hubieran variado su estrategia de combate de privilegiar la toma de prisioneros antes que

rematar al caído. Se dice que si hubieran procedido como los españoles y los tlaxcaltecas (aleccionados por los españoles) Cortés hubiera muerto *ipso facto* al pie de las escalinatas del templo mayor.

También se ha dicho que si el caudillo hubiese muerto la conquista del imperio mexicano nunca se hubiera alcanzado. Todas estas son elucubraciones difíciles de demostrar y hasta cierto punto inútiles. Lo que cuenta son los hechos, no su negra espalda. También se dice que este episodio ocurrió no en Xochimilco, sino poco más al norte, en Tacuba, y unos días después,

tal refiere el afamado cronista Antonio de Herrera, pero el hecho es que Cortés sobrevivió y conquistó el imperio mexicano. Eso es lo que cuenta.

**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.*

ramonmr.mx@gmail.com

Fragmento del mural *El mercado de Tlatelolco* (1945), de Diego Rivera, ubicado en Palacio Nacional, Ciudad de México.



De palacios y templos surgen intempestivamente cientos de mexicanos y xochimilcas dispuestos a aniquilar a sus enemigos. Cortés y sus hombres se han quedado sin pólvora pero sienten que los caballos y las ballestas les son suficientes para imponerse a las espadas de obsidiana, a las flechas, a los dardos y a las hondas y sus esféricos proyectiles. La lucha se trava.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Cosas pasadas

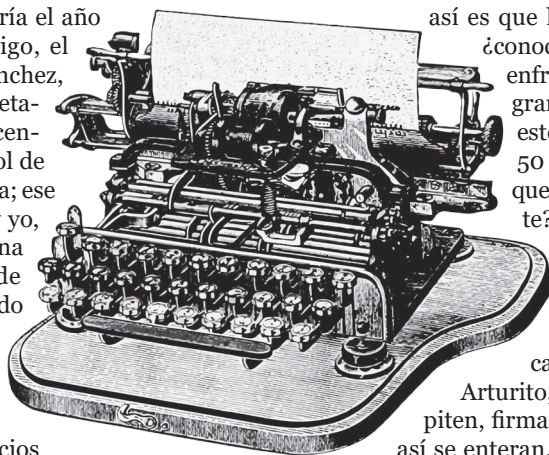
Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA 1998. Corría el año de 1942. Mi buen amigo, el licenciado Antonio Sánchez, fungía, además de secretario general del departamento central, como presidente del Control de Precios de la República Mexicana; ese día estábamos, Eduardo Brun y yo, en su oficina, hablando sobre una liquidación de un embarque de ganado; el licenciado, necesitando aprovechar su tiempo, mientras nos formulaban la liquidación, nos invitó a sentarnos en un estrado frente a su escritorio para atender una serie de negocios y después salir a comer. Atendió a los fabricantes de llantas que al exponer sus problemas, se resolvió sobre las cuotas de entrega para cada estado de la República.

Seguidamente pasó una señora entrada en años, con una niña de la mano; mostró un papel y le pedía que por favor le perdonara la multa. El licenciado, inflexible, movía negativamente la cabeza; al ver aquello no pude resistir y, levantándome, me acerqué al escritorio: licenciado, por favor, esta pobre señora le está suplicando, concédale una oportunidad. Al oír palabras a su favor, ella se volvió, suplicándome la ayudara y esto sirvió para que a mi vez insistiera con el licenciado; pasados unos momentos, éste, con el rostro un tanto ceñudo, notándosele cierta molestia, le dice: Mire, señora, a este señor no le puedo negar nada, así es que puede retirarse, la multa está cancelada, pero la próxima vez no habrá multa, se le clausurarán sus lecherías. Ella dio miles de gracias y se despidió; el licenciado se levantó, me tomó del brazo, llevándome al balcón: Mire, Caco, usted se estará aquí viendo los coches que pasan, pues con usted enfrente no podré trabajar.

Ya en la comida nos platicó que la tal señora era dueña de varias lecherías, que expendía diariamente miles de litros y que los inspectores le habían detectado adulteraciones. ¡Pues yo la vi tan humilde! Pues sí, Caco, estas personas se visten de negro, se ponen tacón bajo, traen de la mano a la nietecita y dan la impresión de mártires desoladas y víctimas de las autoridades, mientras su chofer la espera a la vuelta de la esquina.

Arturito, todavía lo llamamos así, empezó a trabajar muy jovencito. Por su edad no sabía de bancos, oficinas, ni calles. Cada vez que lo mandábamos a equis parte le explicábamos con señas la dirección y lo que tenía que hacer y decir. En una ocasión debía mandar un telegrama,



así es que le dije: ¿Sabes al telégrafo? No, ¿conoces el jardín Núñez? Sí, pues bien, enfrente al jardín está un edificio muy grande y ahí está el telégrafo, llevas este papel, lo entregas, te cobrarán 50 centavos y te darán un papelito, que viene siendo el recibo, ¿entendiste? Sí. Al rato regresó y me entregó los 50 centavos. ¿Qué pasó? ¿No pusiste el telegrama? No, cuando iba para allá vi al señor del telegrama en la puerta de su casa y le entregué el papel... Pero

Arturito, a las personas les agrada que les piten, firmar en la libreta, romper el sobre y así se enteran. Pues así será, me dijo Arturito, pero de un modo o de otro dicen lo mismo, ¿verdad?

En Tecomán, sucursal del Banco de Zamora en 1955, un sábado, al hacer el corte, le faltó a la cajera Yolanda 500 pesos, muy mortificada nos lo hizo saber y de inmediato el contador Loera, por un lado, y yo como gerente por otro, visitamos a las personas que ese día habían retirado dinero. A ninguna le sobró, así es que desalentados regresamos; el contador explicó que la cajera tendría que pagar el faltante con abonos de 50 pesos quincenales, pues así era lo ordenado por el reglamento bancario, y así pasaron las diez quincenas. Llegó otro sábado y Yolanda nos informa que en el corte le arroja un sobrante de 500 pesos; el contador y yo, igual que la vez anterior, entrevistamos a cada quien por su lado a los pocos clientes que en ese día habían cobrado y todos nos contestaron que sus cuentas habían salido correctas. Regresé al banco muy contento, le comenté al contador sobre el gusto que recibiría Yolanda al recibir esos 500 pesos en compensación de los que tiempo atrás le habían faltado y que apenas acababa de pagarlos, a lo que contestó: No, don Carlos, ese sobrante se depositará en la cuenta

2213 (ahora es la 2311) y ahí permanecerá un año; después de ese tiempo si no aparece el dueño, el dinero pasará a la cuenta de "pérdidas y ganancias" de la institución.

Así es que cuando al cajero le falta dinero, él lo tiene que pagar, y cuando el cajero tiene excedente, el sobrante va a las utilidades del banco, ¡ihuelgan comentarios! Desde luego, en este caso yo usé mi criterio, y Yolanda, muy contenta por mi justa resolución, recibió como bajado del cielo los 500 pesos. Y para no hacer más largos estos relatos ahí le paro, para seguir con mis relatos el próximo domingo D.M.

* Empresario, historiador y narrador. †



10 años, Rita

León Mendoza

El viento arrastró las
Lagrimas que caen de
Un cielo que se baña
En tristes nubes grises.
El atardecer se perdía
Cuando tú esperabas
Alzar el vuelo sentada
Ante aquel piano.
Tenías el rostro de una
Guerrera que lucha con
El orgullo de la palabra
Y tu voz daba vida.
Historias de mujeres que
Callan por simple miedo a
Ser parte de una estadística
O una figura más en un muro.
Como mariposa transformaste
Tú esencia en Santa Sabina
Hasta el día que la sacerdotisa
De Oaxaca te llamó a su lado.
Fuiste de esas mujeres que
Siempre harán falta en una
Sociedad donde la lucha se
Da con palabras y paciencia
Sin dejar que los gusanos nos traguen.